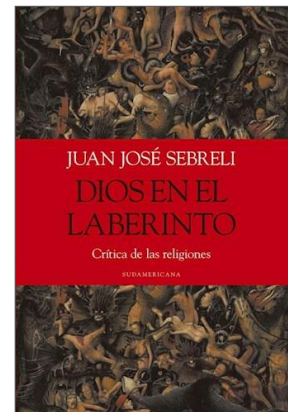


Sobre *Dios en el laberinto. Crítica de las religiones*, de Juan José Sebreli

Mariano Sverdloff
Universidad de Buenos Aires
marianojavs@yahoo.com.ar

Reseña de Juan José Sebreli. *Dios en el laberinto. Crítica de las religiones*, Buenos Aires: Sudamericana-Random House Mondadori, 2016. 738 pp.

Sebreli, en las primeras páginas de *Dios en el laberinto*, presenta esta obra como la coronación de su labor ensayística. Y podríamos decir que lo es, pero por malas razones. En este libro el autor de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* intenta una audaz genealogía, que puede resumirse en la contraposición de dos series: por un lado, Oriente, Parménides, Platón, Aristóteles, cristianismo, religión, Edad Media, Iglesia, panteísmo, romanticismo, fascismo, populismo, peronismo, kirchnerismo, Bergoglio; por el otro, Occidente, Heráclito, cinismo, estoicismo, epicureísmo, racionalismo, secularización, Ilustración, Revolución Francesa, liberalismo. A la primera serie Sebreli la identifica con el holismo totalitario; a la segunda, con el individualismo democrático. El lector podrá advertir lo desmesurado de estas series: incluir en una misma línea a elementos tan disímiles como “Oriente”, la “Edad Media” y el “populismo” no parece racionalmente posible. Sebreli sin embargo lo hace, a través del momento “filosófico” de su interpretación, que intenta una relectura general de las relaciones entre historia y religión en “Occidente”. Se trata de un verdadero salto cualitativo en relación a sus obras anteriores, que trataban sobre diversos aspectos culturales o filosóficos del siglo XX o de la Argentina. Un salto hacia el vacío, podríamos decir. En efecto, en libros como *Asedio a la modernidad*, *La era del fútbol* o *Comediantes y mártires*, por más que se adviertan obvios problemas de metodología, Sebreli habla sobre objetos que conoce. De este modo, la lectura de *Las aventuras de la vanguardia* permite suponer que Sebreli leyó a los surrealistas, que sabe quién fue André Breton, que tiene una cierta idea de Marinetti y el futurismo. Lo mismo puede decirse de los libros en los que Sebreli desarrolla sus tesis sobre el peronismo o sobre los mitos populares argentinos: se concuerda o no con tales tesis, estas se basan en la investigación de fuentes y en una interpretación polémica pero plausible de



la experiencia histórica. El lector de estas obras podría reprocharle a Sebreli un acercamiento parcial a sus fuentes, pero hay al menos *un acercamiento* a las fuentes, y esa parcialidad es, por lo demás, una posibilidad de la escritura ensayística.

Con *Dios en el laberinto* Sebreli se interna, sin embargo, en una zona que no sabríamos cómo calificar. En este libro el autor expone una serie de opiniones atendibles sobre el lugar de la religión en un mundo secularizado, discutiendo cuestiones tales como la libertad individual, el totalitarismo, la laicidad, el papado de Bergoglio o la separación Iglesia-Estado. El problema es que para fundamentar estos pareceres Sebreli presenta, con ropajes de indagación histórica, una ristra de apreciaciones arbitrarias, hechas a partir de lecturas de segunda mano, que desconocen o falsean datos básicos. En efecto, lo primero que salta a la vista es una ignorancia total de las fuentes antiguas y modernas, que le permite al autor extrapolar su agenda ideológica a períodos tan dilatados como la antigüedad grecolatina, la Edad Media o el siglo de la Ilustración, a zonas geográficas tan distantes como Egipto, Afganistán o el extremo Oriente. Seamos claros: si *La aventura de las vanguardias* podía suscitar (todavía) alguna polémica, totalmente otro es el panorama con *Dios en el laberinto*. No hay debate posible con este libro, que pretende recorrer la historia antigua y moderna de “Occidente” y “Oriente” -de lo que Sebreli entiende por tales-, a partir de las premisas extravagantes de un liberalismo alucinatorio. Las articulaciones históricas de la obra están por debajo del umbral mínimo que se necesita para una discusión racional. Hay que decir en este punto que también les cabe una cuota de responsabilidad a los editores, quienes no vacilaron en exponer al ridículo a un autor importante y digno de respeto. *Martínez Estrada: una rebelión inútil*, *Ciudades sobre ciudades*, *El tiempo de una vida*, ofrecen páginas agudas sobre la vida intelectual argentina. Lo mismo podría decirse de los momentos en primera persona de *Dios...* (capítulos 1, 27 y 28), en los cuales Sebreli analiza con lucidez su relación con la religión y con los representantes argentinos del catolicismo. Una figura como Sebreli habría merecido, al menos, una corrección esmerada.

Un buen trabajo de edición quizá hubiese atemperado en algo los defectos de *Dios...*, que son coherentes con la interpretación “filosófica” del libro. Una interpretación que se funda básicamente en el hecho de que Sebreli llama “reaccionario” a todo aquello que le disgusta. “Origen del error es el influjo de la sensibilidad sobre el juicio del entendimiento. Por ese influjo, fundamentos subjetivos del juicio se tienen por objetivos, y la mera apariencia de verdad se confunde con la verdad”, define en la entrada “Error” un léxico kantiano de reciente aparición¹. Tal sería una ajustada descripción del exótico

¹ Mario Caimi, Marcos Thisted, Hernán Pringe, Mariela Paolucci, Fernando Moledo, Macarena Marey, Héctor José González Ríos, Ileana Beade. *Diccionario de la filosofía crítica kantiana* (Mario Caimi) coord. Buenos Aires: Colihue, 2017.

trayecto de la obra, que va desde el Baghavad Ghita hasta el populismo latinoamericano, pasando por Filón de Alejandría, el romanticismo y los Beatles. Sebreli tiene opiniones sorprendentes sobre antropología, filosofía, teología, historia, religión comparada, estudios bíblicos, sobre todo. Veamos algunos ejemplos, extraídos de la tercera parte (“El canon de las grandes religiones”), en el cual Sebreli estudia la génesis de su principal objeto de análisis, el cristianismo:

“Si bien los griegos significaban una ruptura con la filosofía oriental, desconocían o negaban la subjetividad humana: el sujeto era todavía una partícula del gran todo, ya fuera la Naturaleza, el Cosmos o Dios”.

¿A qué “filosofía oriental” se refiere exactamente Sebreli? ¿En qué se basa para decir que los griegos “negaban la subjetividad humana”? ¿Está enterado Sebreli de la existencia del *Filebo*? ¿No leyó *alguna vez* un solo texto de Platón? ¿Y el *De anima* de Aristóteles? ¿Y *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, de Rodolfo Mondolfo, de quien Sebreli seguramente habrá escuchado hablar? ¿En serio piensa Sebreli que “el sujeto” para los griegos podía ser una “partícula” de “Dios”, así, en mayúscula, como si se tratase del dios de una religión monoteísta? Otra perla:

“La filosofía griega tardía, forjada en Alejandría -epicúreos, estoicos, escépticos-, fue igualmente menospreciada o considerada como un mero epílogo de la era de oro de la filosofía clásica. Todo lo contrario, los helénicos -en especial los epicúreos- constituyeron el pasaje de la filosofía clásica a la moderna, dejando de lado a Dios y a la Naturaleza para volcar su atención al hombre”.

¿Por quién fue menospreciada exactamente esta “filosofía”? ¿Piensa Sebreli que la filosofía que llama “tardía” fue “forjada” *solamente* en Alejandría? Quizá ignore nuestro autor que Epicuro y Zenón de Citio enseñaron en Atenas, y que sus filosofías presentan diferencias significativas con varias de las corrientes que nutrieron la vida cultural de Alejandría, entre las cuales se cuenta el neoplatonismo, escuela esta que Sebreli debería conocer, dado que cita a Filón y a Plotino. Igualmente insostenible es la afirmación de que el epicureísmo “deja de lado” a la “Naturaleza”. Por lo demás: ¿qué entiende exactamente Sebreli por “filosofía moderna”? (suponemos que no lo que cualquier historia de la filosofía, que la hace comenzar en la época de Descartes). Nada digamos sobre la disparatada confusión entre filósofos “helenísticos” (adjetivo que, como cualquiera sabe, alude a la época que comienza con la muerte Alejandro Magno) y “helénicos”, que significa simplemente “griegos” a secas. Sebreli, que pretende ir directo a las ideas, evitando las complicaciones de las diversas disciplinas particulares, es sistemático solamente en la confusión de los tiempos, lugares y conceptos. Así se advierte en este memorable pasaje en el que parece hacer a los cínicos y epicúreos contemporáneos del cristianismo, atribuyéndoles además a los

epicúreos de forma excluyente el paso del “mito” a la “ciencia”:

“Los epicúreos y los cínicos eran humanistas, con una ética basada en el razonamiento y el goce de los bienes terrenales que contradecía a la moral cristiana, cuyos fundamentos estaban en el ascetismo. El repudio a los placeres de la vida, sobre todo de la sexualidad, surgían del miedo al infierno, al castigo de Dios, cuando no a las amenazas de penalidades en la Tierra impuestas por la Iglesia. El conocimiento del hombre y el mundo por medio de la razón, el paso del mito a la ciencia se inició con los epicúreos”.

Otro fragmento notable: “Consecuente con su individualismo, la concepción política de los epicúreos era democrática y liberal, contraria a la de los clásicos griegos, cuya versión organicista del universo era conservadora y autoritaria”. Los griegos son organicistas “autoritarios” y “conservadores”: evidentemente M.I. Finley, cuando escribió *Democracy Ancient and Modern* o *Politics in the Ancient World*, no había entendido nada. Y qué decir del Epicuro “liberal”... ¿liberal como quién? ¿como Adam Smith, como Juan Bautista Alberdi, como Jeremy Bentham, como el dirigente argentino Ricardo López Murphy? Sebreli va más allá y también se anima a explicar de qué modo el liberalismo que dice defender ha despreciado a Aristóteles: “Mientras Aristóteles quedaba relegado a los profesores de filosofía antigua o a los teólogos católicos, los liberales ingleses del siglo XIX se interesaban por Epicuro”. Por un motivo que ignoramos, el estagirita parece hundirse en el mismo fango que el odiado populismo. Sebreli “olvida”, por ejemplo, que John Rawls dialoga con Aristóteles en *Theory of Justice* o que una filósofa liberal y progresista como Martha Nussbaum le ha dedicado páginas luminosas a la *Ética Nicomaquea*, por no hablar de Hanna Arendt o Leo Strauss. Sebreli, quien ignora el griego, el latín, presumiblemente el alemán y por supuesto el hebreo o el arameo, tiene el raro talento de usar mal todos los conceptos que cita: humanismo, epicureísmo, mito. El origen del dislate se aclara cuando verificamos las fuentes que se declaran en la bibliografía: para el capítulo sobre los orígenes del cristianismo, por ejemplo, *Le monde juif vers le temps de jesus* [sic] de Charles Guignebert, editado en 1935; una traducción al castellano de 1956 de la *Histoire de la philosophie* de Bréhier; la traducción de Wenceslao Roses de FCE de la *Historia de la filosofía* de Hegel, de 1955.

Lamentablemente Sebreli no corona en estas 738 páginas la “demolición del fenómeno religioso” que promete la publicidad de Random House Mondadori, sino la destrucción de su espíritu crítico e histórico en aras de la propaganda ideológica². La cual enloda conceptos clave para la argumentación, tales como “panteísmo”, “revolución”, “secularización”,

² “Parece que Sebreli establece jerarquías, privilegios, bulas y beneficios emulando el rostro más evidente de la experiencia religiosa”. Andrés Tejada Gómez, “Dios no ha muerto”, reseña aparecida en *Página/12*, 25/03/2017. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/27707-dios-no-ha-muerto>.

“romanticismo” o “modernidad” (dejamos al lector la penosa tarea de relevar las incoherencias y falsedades desplegadas en el abordaje de cada uno estos temas; digamos solamente, para ejemplificar, que Sebreli sostiene la idea superada de que el romanticismo es una “reacción” a la Ilustración³; que hace, de forma insólita, al panteísmo lo contrario de la Aufklärung⁴; o que enuncia disparates tales como que Mallarmé “afirmaba que la decadencia de la poesía comenzaba con los griegos y que había que retomar los Vedas”, ignorando de paso aquí la importancia de términos como *onyx* o *Styx* en la lengua del poeta). Es paradójico que este libro, que se reclama heredero de la Ilustración, tenga tantos parecidos con las desfiguraciones fascistas de la Antigüedad y la Edad Media que han estudiado, entre otros, Luciano Canfora, Johann Chapoutot o Jan Nelis⁵. La “crasa mitología” de Sebreli determina el tratamiento fantasioso de las pocas fuentes citadas, procesadas a partir de un asociacionismo sesgado, que en los capítulos sobre la Antigüedad hace recordar al género cinematográfico *peplum* (Sebreli no se priva de hablar de los “decadencia romana”, ignorando que tal denominación del período tardoantiguo hace largas décadas que no se utiliza, más allá de las películas como *Spartacus* o *Gladiator*). Al lado de *Dios en el laberinto*, *La cosa y la cruz*, el ensayo sobre Agustín de León Rozitchner, parece un riguroso comentario de Étienne Gilson. Claro que Rozitchner tuvo el tino de dedicarse a un solo autor y Sebreli tiene ambiciones mucho mayores.

El lector podrá sorprenderse por el tono de esta reseña, infrecuente en una publicación académica. Pero entiéndase que no estamos hablando aquí de tal o cual interpretación, sino de la renuncia a la racionalidad, a los efectos de condenar a un quimérico “peronismo-bergoglismo” eterno que habría estado conspirando contra el liberalismo desde tiempos inmemoriales, y que también

³ “Like so many generalizations in the history of ideas, this commonplace is a very misleading oversimplification. (...) It is not only that German romanticism underwent great change, so that what is true of one period is not necessarily true of another. The issue is even more complicated than that because, within each period, the attitude of the romantics toward the *Aufklärung* was never a simple and straightforward rejection but a much more complex and subtle ambivalence. If the romantics were the critics of the *Aufklärung*, they were also its disciples. The problem is then to determine, for each period, in what respects the romantics accepted and rejected the *Aufklärung*”. (Frederick C. Beiser, *The Romantic Imperative. The Concept of Early German Romanticism*. Cambridge, Massachusetts, and London: Harvard U P 2003).

⁴ “También Baruch Spinoza (siglo XVII) circuló por el panteísmo y sus teorías fueron difundidas por los idealistas alemanes. (...) El panteísmo impregnó el romanticismo alemán y el posromanticismo, Lessing, Goethe, Novalis, y culminó a fines del siglo XIX con Schopenhauer...” etc. Nótese el hallazgo de que “Spinoza...circuló por el panteísmo” y la inclusión de Lessing (muerto en 1781!) en el “romanticismo” o “posromanticismo”. Para una versión informada del asunto, cfr. por ejemplo Jimena Solé. *Jacobi, Mendelssohn, Wizenmann, Kant, Goethe, Herder. La polémica del spinozismo*. Bernal: Universidad de Quilmes-Prometeo, 2013.

⁵ Johann Chapoutot, *Le National-Socialisme et l'Antiquité*. Paris: PUF, 2008; Jan Nelis, *From Ancient to Modern : the Myth of Romanità During the Ventennio Fascista. The Written Imprint of Mussolini's Cult of the Third Rome*. Bruxelles-Brussel-Roma: Institut historique belge de Rome, 2011; Luciano Canfora, *Ideologie del classicismo*. Turín: Einaudi, 1980.

acecharía en la China, en el Islam o en Novalis. Ficción esta que se apoya en la ignorancia de las fuentes históricas, en el desconocimiento de los rudimentos básicos de la filología, en la confusión de la cronología y la geografía. Con todo, *Dios...* tiene partes aprovechables: si lo leemos con ánimo benigno, encontramos momentos francamente humorísticos. Por ejemplo:

“No es extraño que la doctrina de la Trinidad haya sido formulada por primera vez en el siglo III por Tertuliano, sacerdote de Cartago, y que este a la vez fuera creador de la tradición dogmática e irracionalista de la Iglesia -‘creo porque es absurdo’- y conductor de los montanistas del Asia Menor contra la tendencia a la secularización en Occidente. Ultramontanos se considera hoy a los católicos fanáticos e intransigentes”.

Un párrafo notable, sin dudas. Dejemos a un costado sutilezas tales como la discusión acerca de si el uso del término técnico “trinitas” en *Adversus Praxean* y *De pudicitia* permite decir que Tertuliano fue quien primero formuló la idea de trinidad; como la insostenible imputación del “dogmatismo” y el “irracionalismo” cristiano *in toto* a Tertuliano; como la idea extravagante de que existía un conflicto -¡en pleno siglo III!- entre los “montanistas del Asia Menor” y la “tendencia a la secularización de Occidente”; como la necesaria aclaración de que Tertuliano no era un líder fascista, y por tanto no era “conductor” de los montanistas, si es que efectivamente llegó a liderarlos, cosa muy discutida. Lo verdaderamente original de este pasaje es que Sebreli hace descender al adjetivo “ultramontano” del heresiarca del siglo II Montanus. Nadie le avisó a Sebreli que en realidad “ultramontano” viene de *ultramontanus*, o sea de más allá de las montañas, y que el vocablo surgió en el medioevo para denominar a los papas que vienen más allá de los Alpes, es decir de fuera de Italia, y que después pasó a denominar a quienes sostenían la superioridad papal frente a otros poderes religiosos o políticos. Con excepción quizá de las partes que se refieren a la Argentina más contemporánea, todas las páginas presentan hallazgos similares: “lego quia absurdum” puede pensar el lector, y entregarse así a un texto que tiene mucho de esa incoherencia deshilachada que Sebreli denuncia en las vanguardias. En ese espíritu de *ready made*, permítasenos una nota floral: comentando a Lucrecio, en lugar de “clinamen”, la forma empleada en *De rerum natura* 2.292, nuestro autor utiliza el vocablo “ciclamen”, que por lo demás traduce inexplicablemente como “brecha”, y no por “inclinación” o “desvío” (“Consideraban que existía una ‘brecha’ llamada por Lucrecio *ciclamen*”). El ciclamen nada tiene que ver con la filosofía atomista: es una planta de la familia de las primuláceas que da una muy bella flor de cinco pétalos, es mencionada cada tanto por los autores simbolistas y “decadentes” del fin del siglo XIX, como el apócrifo Adoré Floupette o Jean Moréas y posee, según el famoso catálogo de Dioscórides, diversos efectos medicinales, tales como “purgar la cabeza” (ἐγχυματίζεται τε ὁ χυλὸς αὐτῆς

μετὰ μέλιτος εἰς τὰς ῥίνας πρὸς κάθαρσιν κεφαλῆς, 2.164); la plantita, por lo demás, se consigue fácilmente en cualquier florería de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

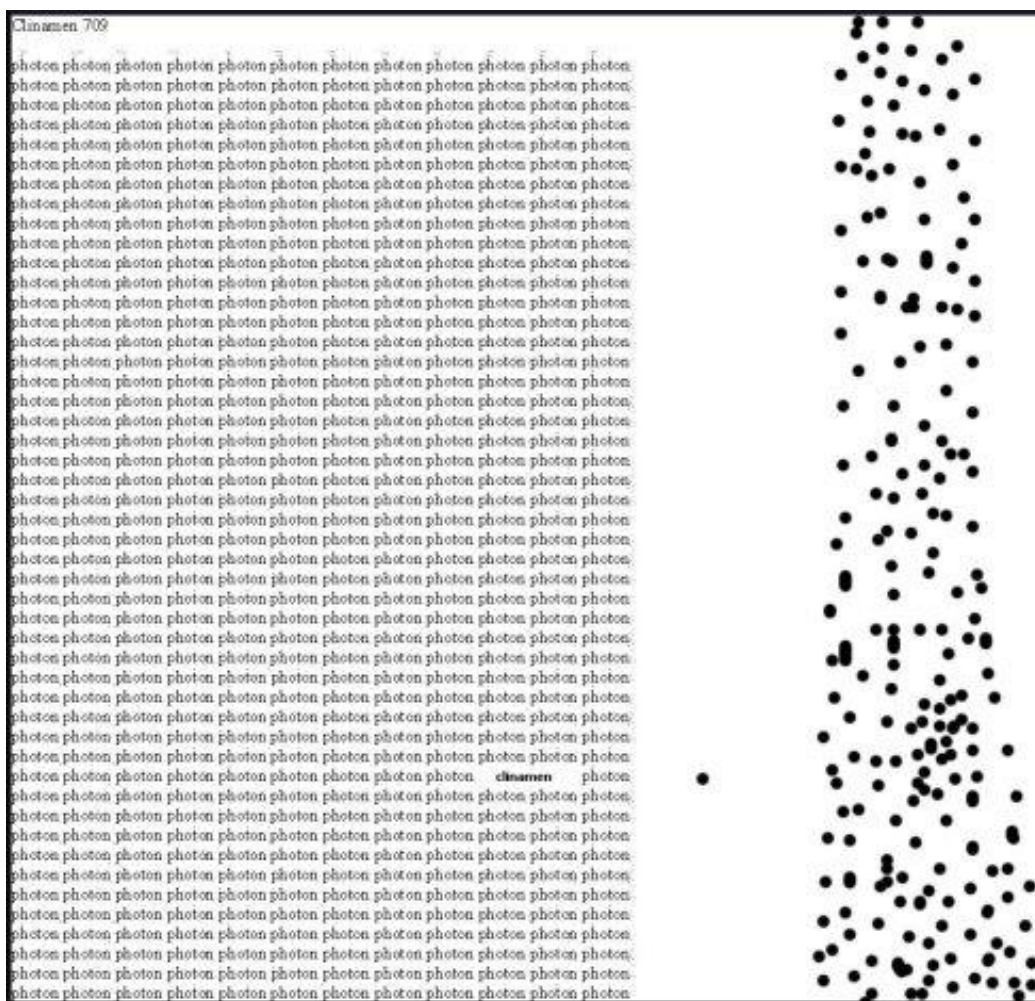
Concluyendo: ¿para quién se edita esta clase de libros? La respuesta no hay que buscarla en el plano conceptual, sino en la sociología de los públicos lectores y en la relación de estos con la mediación editorial⁶. Es evidente que en momentos de alta polarización política parte del lectorado busca ante todo textos que los confirmen en sus respectivas creencias. La de Sebreli es, en realidad, una retórica agresiva e identitaria, cuyo objeto es definir de forma polémica a un otro que debe ser rechazado: el “irracionalista”, el “populista”. En el contexto de este humanismo de cartón piedra, las citas siempre erradas de la tradición clásica y moderna sirven apenas como argumentos de autoridad. Poco tienen que ver con una lectura, siquiera aproximativa, de las fuentes históricas y filosóficas. Mucho menos con los *studia humanitatis* o con el uso crítico de la razón. El interesado en la Ilustración y en el siglo XVIII, más allá de la simpatía que pueda experimentar por la crítica al autoritarismo religioso, no puede menos que sentir una desazón profunda ante este libro, que podría ser definido como una parodia oscurantista y desinformada del *Dictionnaire philosophique* de Voltaire.



Ilustración del *cyclamen* en el Dioscórides, tomado de la edición hecha por

⁶ Sobre este punto, cfr. Ezequiel Saferstein, E., *Las transformaciones en el oficio del editor de los grandes grupos: el armado de un best-seller sobre coyuntura política*, Revista Ensamblés 2, 2015, pp.80-99. Disponible en <http://www.revistaensambles.com.ar/ojs-2.4.1/index.php/ensambles/article/view/42/17>.

equipo de la Universidad de Salamanca coordinado por Alejandro Esteller.
(disponible en <http://dioscorides.usal.es/p2.php?numero=364>)



Philippe Rahmy, *Clinamen suite*, 2009. Disponible en <http://remue.net/spip.php?article2999>.